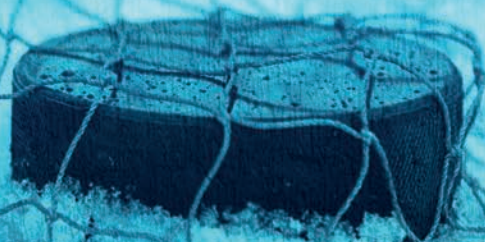


UNA ATRACCIÓN INDOMABLE

PUCKING WILD



CROSS
BOOKS

EMILY RATH

PUCKING WILD

EMILY RATH



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Pucking Wild*
© del texto: Emily Rath
Publicada de acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc.,
a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

© de la traducción: Ana Navalón, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29213-5
Depósito legal: B. 15.328-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o esca-
near algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Tess

Mira, me gusta la playa como a la que más. Me sirve cualquier excusa para ponerme un sombrero monísimo y un bikini de talla alto. Sobre todo, me encanta tirarme en una toalla con cuatro litros de té helado, mientras veo a todo un equipo de jugadores de hockey sexis darle patadas a una pelota de fútbol. Tampoco es tan mal plan pasarse el día viendo a unos tíos buenorros embadurnados en bronceador, con esos músculos tan prietos que tienen, haciendo ejercicio bajo la luz del sol del atardecer.

Lo único que no me gusta de la playa es la arena. Bueno, ya está bien, ¿no? ¡Se te mete por todas partes! Entre los dedos, debajo de las tetas, en la raja del culo. He cometido el error colosal de ponerme bálsamo labial, así que me he pasado el resto del día lamiéndome los granitos de arena.

Por no hablar del estado en que se encuentra mi pelo. Me juego lo que sea a que tengo media playa entre los rizos. Para demostrar mi teoría, me sacudo un poco la cola de caballo. Gruño cuando siento que la arena me cae por los hombros.

«Sí, vete a la mierda, arena».

Subo los escalones traseros de la casa de Jake Compton dando saltitos y se me escapa una mueca cuando me recoloco la bolsa de playa en el hombro quemado mientras meto el código de seguridad. Rachel y el resto de los Rays siguen en la

playa, pero yo ya me he hartado de sentir la arena metiéndome por el culo. Estoy lista para darme una ducha.

Y mi pobre piel de pelirroja necesita descansar del sol implacable. Siento que irradia calor. Dentro de un par de horas, me sentaré en el regazo de Rachel con un bote de aloe vera para rogarle que aplaque mi sufrimiento.

O a lo mejor encuentro a un Ray fuerte y sexi que me eche crema en la piel...

«Relájate, tía».

Antes he montado un numerito, no he dejado de picar a Rachel diciéndole que voy a empezar una organización humanitaria para los Rays sin hogar. Pero no iba en serio... Vale, no era del todo en serio. Está bien, lo decía en serio, pero solo como disquisición teórica.

Nada de acción. Nop. Este fin de semana Tess no se va a acostar con nadie. Por mucho que me guste la idea de una noche de desenfreno con un jugador profesional de hockey cachas y guaperas, Rachel Price es mi mejor amiga. No quiero hacer nada que perturbe el equilibrio que ha conseguido en este lugar. ¿Liarme con uno de sus jugadores? ¿Con uno de sus pacientes?

Ya, parece una idea de mierda. A los Rays hay que disfrutarlos en su hábitat natural. «Haz solo fotos, deja solo huellas».

Entro en casa de Jake corriendo, las chanclas resuenan sobre el suelo de madera. El frescor del aire acondicionado me envuelve el cuerpo de la cabeza a los pies y me estremezco, se me han puesto hasta los pelos de los brazos de punta. Rodeo la mesa del comedor a toda prisa y dejo la bolsa de playa encima de la isla de la cocina.

La casa de Jake es genial. A ver, como debe ser. Es un jugador megarrico de la NHL. Está soltero, no tiene hijos, no tiene obligaciones. Puede permitirse una casa estupenda. Es todo elegancia y modernidad, muy masculino... Tiene detalles en madera terrosa, cálidos grises y sofás y sillones de cuero, con tonos metálicos que le dan un aire industrial.

También veo algunos toquecitos femeninos, seguro que los ha puesto Rachel. Hay ramos de flores en jarrones encima de

la mesa y de la isla. Hay una manta doblada en el respaldo de cada silla y sofá. Rachel no tiene sangre en las venas, te lo juro por Dios. Yo siempre me estoy quitando la ropa mientras ella siempre se está poniendo capas.

No sé en qué narices estaba pensando cuando se mudó aquí esperando que nadie se diera cuenta. Y creía que era yo la que tenía tendencias autodestructivas. Sonríe y sacudo la cabeza. No puede evitar ser quien es y Rachel Price es única en su especie. He oído los motes que le han puesto los chicos. Huracán. Es perfecto.

Cree que puede esconderse en las sombras. Se piensa que la gente no se fija en ella. En el sentido que puede evitar estar en el centro de las miradas si se queda callada, hace su trabajo y no causa problemas. Pero ¿quién puede ignorar un huracán? Lo he visto hoy en la playa. Todos los chicos se sienten atraídos por ella, incluso los casados. Y no lo digo en un sentido turbio ni sexual. Es solo que es imposible no fijarte en Rachel Price.

Rebusco en la bolsa de playa y saco mi toalla y mi camisola. Mi vuelo sale mañana por la mañana, así que tengo que lavar todo esto, a no ser que quiera llevarme media playa a Cincinnati.

Lanzo el sombrero sobre la encimera y también me quito las gafas de aviador. Luego avanzo por la cocina y me meto por el pasillo que conecta con el cuarto de la lavadora, que está en el garaje. La enorme bolsa negra en la que Jake guarda la equipación está tirada en medio del suelo y sus trastos de hockey cuelgan en una especie de lavadero industrial.

De la bolsa de deporte me llega un olor mohoso que me hace arrugar la nariz. Abro la puerta de la lavadora y meto dentro la toalla y la camisola. Sin dudar, también me quito el bikini. Sigue un tanto húmedo, así que casi tengo que despegármelo. Mientras lo hago, un poco de arena cae a mis pies.

—Ay, qué asco —gimoteo, mientras dejo que la parte inferior me caiga por los tobillos con un suave plop.

Entonces, me deshago el nudo de la parte superior y me la quito, hago una mueca cuando los tirantes me rozan los hombros quemados. Cuando bajo la mirada, se me escapa una

risilla. Tengo trocitos de conchas de la playa pegados en los pechos.

Arena en el culo y conchas en las tetas. ¿Cómo se las apaña Ariel para que esto parezca tan glamuroso?

Cojo las dos partes del bikini, las lanzo a la lavadora, añado un poco de detergente y la enciendo. La máquina pita y hace clic cuando la puerta se bloquea; luego el tambor empieza a llenarse de agua.

Dios, ¿qué hora es? Mi amiga Charity va a pasar a recogerme a las cinco de la tarde. Ha venido a un congreso de dentistas y vamos a ir a cenar a St. Augustine. Nos conocimos en la universidad, pero hace años que no la veo. El primer curso estuvimos en la misma residencia y las dos odiábamos a nuestras compañeras de habitación. Así que nos unió rajar de unas tías que roncaban y nos robaban el limpiador facial.

Vuelvo corriendo a la cocina, tengo las manos levantadas para soltarme el pelo cuando giro la esquina. He dejado el móvil en el borde de la isla, junto a la bolsa de playa. Junto al taburete, suelto un par de patadas para quitarme las chanclas mientras agarro el teléfono y mi termo de té helado. Toco la pantalla para comprobar la hora.

4:17 p. m.

Mierda, tengo poco tiempo.

Le doy un buen sorbo a la bebida con la pajita. Dios, qué rico está. Sabe a limón, es refrescante y está helado. Sentir el frío en la lengua aplaca el calor de mi piel.

Un ruido a mi espalda hace que me vuelva con el teléfono en la mano. La puerta de la despensa está abierta de par en par. Antes de que pueda moverme, veo salir a un hombre, todavía de espaldas, que entre los brazos lleva seis bolsas de patatas tamaño familiar.

Nuestras miradas se encuentran al mismo tiempo. Dios, tiene unos ojazos de color manzana verde y le brillan. Es Langley, el yogurín que me ha dado con una pelota de fútbol cuando estábamos en la playa. Joder, parece que acaba de salir de un anuncio de patatas fritas. El viento le ha despeinado el pelo rubio y se le marcan los músculos bronceados. Lleva unos pantalones cortos anchos que se le ajustan a las caderas

y enseñan una franja de piel blanca. Quiero lamerla. Quiero ver hasta dónde baja esa piel blanca y perlada.

Solo lo inspecciono durante unos segundos, luego vuelvo a mirarlo a los ojos. Y ahí es cuando me doy cuenta de que él acaba de hacerme lo mismo. Me acaba de mirar el culo desnudo, aquí plantada en medio de la cocina de Jake Compton como si estuviera dando un espectáculo en solitario: *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Lo único que me falta es estar de pie encima de una concha.

—¿De dónde demonios has salido? —grito mientras me tapo el pecho con el brazo izquierdo. Bajo la mano derecha, todavía con el móvil agarrado, en un burdo intento por taparme el vello púbico.

Langley abre aún más esos bonitos ojos verdes. Boquea como un pez, hasta que por fin suelta el único pensamiento que puede retener en su mente:

—¿Por qué cojones estás desnuda?

Ryan

«Dios santo. Ay, joder. Qué mierda».

La amiga de la doctora Price está plantada en medio de la cocina de Compton en bolas. Joder, está increíble. Estoy salivando. Estoy sudando.

A ver, llevo todo el día bicheándola en ese bikini rojo tan sexi. Sobre todo cuando se apoyaba en los codos con la espalda arqueada para echarse crema en las tetas. Tenía los ojos cerrados y absorbía el sol como si fuera una sirena sobre una roca. No voy a mentir, casi me empalmo. He tenido que fingir que quería nadar solo para meter la cabeza en el agua fría.

Ahora está aquí plantada, mirándome como salida de un sueño. Los rizos pelirrojos le rodean la cara y le caen por la espalda. Tiene los hombros rosas, se ha quemado. También tiene las mejillas llenas de pecas. Tiene la punta de la nariz roja y le brilla. Me juego lo que sea a que, si le toco la piel, notaré el sol que se le ha quedado atrapado dentro, ardiendo por debajo de la superficie.

Me permito bajar la mirada. Tiene las tetas grandes y llenas, la piel que le rodea los pezones es de marfil e inmaculada, y se va desvaneciendo en un leve rosado. Y tiene dos puntas perfectas. Podría absorberle la vida, llevarla al orgasmo solo con la lengua.

Por no hablar de las caderas anchas y la curva pronuncia-

da de sus muslos. Los tiene apretados, como si eso pudiera impedirme que le vea el coño.

«Buen intento, preciosa».

Tess... así es como se llama. Corto. Dulce. Tess Owens, la mejor amiga de la doctora Price.

«Mierda».

La realidad vuelve para gritarme cuando me doy cuenta de que estoy de pie en la cocina de Compton, con los brazos llenos de patatas fritas, mirando fijamente a la mejor amiga desnuda de la médica del equipo. No solo la estoy mirando sin pestañear. Estoy maquinando cosas, imaginándome lo que le haría con la lengua, con las manos...

Se pone el brazo delante de las tetas y baja la mano para cubrirse el coño.

—¿De dónde demonios has salido? —chilla.

Se me acelera el pulso y aparto la mirada.

—¿Por qué cojones estás desnuda?

Gracias a Dios, está tan avergonzada como yo.

—En serio, ¿hay un portal ahí dentro o qué? ¿Eres una especie de ninja?

—He entrado por la puerta de atrás —digo.

—Bueno, pues vuelve a la despensa para que yo pueda buscar una toalla o algo —responde.

Me giro de manera abrupta, listo para obedecer, y me doy con el codo en la jamba de la puerta.

—Au..., joder...

Las bolsas de patatas se me escurren de las manos y se caen al suelo. Las ignoro y me llevo la mano a los ojos como si tuviera doce años. El único problema es que ahora no veo, así que me doy con toda la cara en el lateral de la despensa de Compton.

—Au..., mierda... —Me duele la nariz y doy un paso atrás.

—Ay, Dios —jadea ella—. ¿Estás bien?

—Au —gruño, doy otro paso atrás y piso una bolsa de patatas en el proceso.

—Langley, ¿estás...? ¡Estás sangrando!

Me aparto la mano de la cara y, sí, tengo sangre en la palma.

—Eh... No pasa nada —digo, echo la cabeza para atrás y me aprieto el puente de la nariz.

Ella rodea la isla de la cocina corriendo.

—Espera —me dice.

Bajo la cabeza y le echo un vistazo a las curvas redondeadas de su culo perfecto cuando se inclina sobre el fregador. Tiene los hoyuelos de Venus más bonitos que he visto en mi vida. Arquea la espalda y se le menean las tetas cuando estira el brazo hacia el grifo y lo abre.

Echo la cabeza para atrás enseguida cuando veo que se inclina hacia delante.

—Toma —me dice mientras me tiende un paño de cocina empapado en agua—. ¿Estás bien?

Bajo la mirada al trapo, luego a ella, intento mantener la vista por encima de su pecho.

—Eeeh... ¿por qué no lo usas tú? —le digo.

Se ríe, todavía sujetando el paño.

—Bonito, ¿qué esperas que me haga con esto? ¿Un cubre pezones?

Sip, y ahora he vuelto a mirárselos. Gruño y vuelvo a echar la cabeza hacia atrás.

Ella se acerca un poco más y me lo tiende.

—Tú cógelo. Tenemos que limpiarte la cara.

Lo acepto con un suspiro y me limpio por debajo de la nariz mientras me aprieto el puente con la otra mano.

—Mira, tampoco pretendo fisgonear..., pero ¿qué haces desnuda en la cocina de Compton? —quiero saber.

Ella sonríe y cruza los brazos por encima del pecho. Ayuda un poco a cubrirle los pezones.

—Me he instalado aquí —responde—. Y no me esperaba que hubiera nadie más. Estabais todos en la playa. ¿Qué haces tú en la cocina de Compton?

—Me ha mandado a buscar comida —respondo, y señalo las bolsas de patatas que hay en el suelo.

Pero espera... Ay, mierda... ¿Me he perdido algo? ¿Tess es terreno prohibido por partida doble? Que sea amiga de la doctora Price es una valla de alambre, pero que sea la chica de Compton es una pared de ladrillos.

—¿Te has instalado aquí?

—Bueno, técnicamente estoy con Rachel —responde ella mientras apoya la cadera desnuda contra la isla.

—Pero... aquí vive Compton —respondo, no estoy sumando dos y dos.

Se le borra la sonrisa, un atisbo de duda le pasa por los ojos mientras se coloca el pelo detrás de las orejas.

—Sí, eeeh..., las dos nos hemos instalado aquí. Rachel y yo queríamos estar en la playa y Jake nos ofreció a las dos su habitación de invitados para pasar el fin de semana. No está nada mal. Y es más barato que un hotel, eso está claro.

Suelto un pequeño suspiro de alivio.

—Qué majo es.

—Sí, es un tío genial —responde ella.

Tiene unos ojos preciosos. Con un tono de verde bosque en el exterior y un color caramelo junto al iris. Tienen algo que hace que el pelo rojo parezca aún más brillante. Es como si estuviera ardiendo, como si fuera un rayo de sol. Pero el modo en el que sonrío al pensar en Compton hace que me den ganas de demostrar algo. Quiero noquearlo de lleno... o besarla hasta que pierda el sentido. Las dos cosas. Siento una urgencia primitiva de reclamarla. Lo cual es ridículo, porque soy Ryan Langley. El gracioso, el que siempre tiene una sonrisa para todo el mundo. La única competición que busco es en el hielo o en el circuito del Mario Kart.

No soy de los que van por ahí pavoneándose para reclamar mujeres y competir con otros hombres como si fuera un cavernícola bruto. Pero ahora mismo, al tener a esta preciosidad plantada delante de mí, me siento más que preparado para ir a buscar una maza.

«Yo Ryan. Tú guapa. Hacer fuego y bebé».

—Entonces, ¿Compton y tú..., no estás... con él?

Resopla.

—Ni hablar. Ni en sueños. Ese tío está vetado, bien podría ser de otra especie. Es como una mariposa... o un pez sexi en una pecera. Se mira, pero no se toca.

—¿Por qué está vetado?

Ella se limita a mirarme impávida.

—Cachorrito, ¿quieres que no lo esté? ¿Quieres liarnos? A lo mejor quieres mirar mientras me da lo mío en esta cocina un tanto...

—No —la interrumpo, siento que me arden las mejillas.

—¿No? —repite, le brillan los ojos. Sé que me está provocando.

—No —repito—. Compton, no.

—Ni me atrevería —responde—. ¿Qué tal la nariz, cachorrito?

Aparto el paño de cocina y miro la mancha de sangre oscura.

—Creo que se ha parado... Espera... ¿por qué me llamas así? Se encoje de hombros.

—Porque te pega. Eres como un cachorrito perdido buscando un hogar, todo dulzura y sensibilidad. ¿Qué cosas te gustan?

Me quedo rígido, con el paño ensangrentado en la mano.

—¿Qué?

—Me gusta pensar que sé leer a la gente —responde ella—. Tú me estás costando, Langley.

—Lláname Ryan —digo, y me aparto de ella para tirar el paño sucio sobre la encimera.

Respira hondo y suelta el aire.

—Está bien. Pues Ryan. Cuéntame un secreto, Ryan.

—¿Un secreto?

—Sí, me has visto desnuda, así que me parece justo. Para empatar.

—¿Qué tipo de secreto? —digo, siento que se me acelera el pulso. Esta mujer me provoca cosas que no entiendo del todo.

Vuelve a encogerse de hombros. Mañana le va a doler un montón. En una semana, se le va a pelar la piel que flipas. No está acostumbrada al sol de Florida.

«Porque no vive aquí. Está fuera de tu alcance, se va mañana y no la vas a volver a ver. No es tuya».

—Quiero saber a qué sabes.

Mierda, ¿lo he dicho en voz alta? Tengo que haberlo dicho yo, porque ella me está mirando como si estuviera loco.

—Ryan...

—Un beso —digo sin aliento—. Ese es mi secreto. Quiero un beso. Solo uno. Tuyo.

Se le levantan las comisuras de los labios y me lanza una sonrisa de lado muy sexi.

—¿Y qué haría un chico como tú con un beso de una chica como yo?

—Saborearlo —contesto—. Atesorarlo. Guardarlo para cuando lo necesite en un día de lluvia.

Vuelve a sonreír y siento calor por todo el cuerpo.

—Eso me ha gustado —responde con voz suave—. Da igual dónde estemos, cuando las nubes se ciernan en esos días oscuros y lluviosos, podemos sacar este momento y sentarnos con él. Podremos recordar la sensación de que te despeine el viento, de que te bese el sol, de ser libres.

Me cautiva el modo en el que lo dice. No puedo apartar la mirada.

—Te propongo un trato, Ryan —continúa—. Estoy desnuda y soy vulnerable, así que tienes que ser un perfecto caballero, ¿te parece bien? No me manosees. Me has pedido un beso y te lo voy a dar.

Ay, Dios, esto no está pasando. He venido a coger unos Fritos. Ni siquiera quería venir. Sanford ha lanzado una moneda al aire y he perdido. Y ahora estoy aquí de pie con una mujer preciosa desnuda y me va a besar.

Aparta la cadera de la isla y acorta la distancia que nos separa. Mido un metro ochenta y seis, una media bastante alta para ser jugador de hockey profesional, pero es que el resto de los Rays son gigantes. Qué demonios, Kinnunen es literalmente un oso de un metro noventa y ocho. A su lado, me siento un canijo.

Pero ahora no. Cuando miro hacia abajo, la frente de Tess a penas me llega a la barbilla. Tiene la altura perfecta para darle un beso en la frente. Pero ese no es el tipo de beso que ansío. Quiero esos labios que están haciendo un pucherito.

—No tienes por qué hacerlo —digo con el corazón acelerado.

—Pero quiero —responde. Sigue mirándome con dulzu-

ra mientras se acerca un paso—. Ponte las manos a la espalda, Ryan. Agárrate las muñecas.

Lo hago sin dudarlo, tal y como me ha dicho.

—Tengo que advertirte de una cosa —continúa. Esa voz tan tranquila se me cala hasta los huesos—. Estoy llena de arena.

—Yo también —confieso—. Esa mierda se te mete por todas partes.

—Ajá. —Se acerca un paso más—. En el pelo, en las tetas, en la raja del culo.

Yo sonrío.

—Sigues estando preciosa, Tess.

—Ah, ya lo sé. Es solo que puede que sepa un poco a tierra. Luego no me lo echas en cara.

—Nunca —digo con el corazón en la garganta—. A lo mejor yo tengo sabor a sangre.

Sacude la cabeza.

—Nah, te has limpiado bien. No veo ni una gota.

Suspiro de alivio. Eso nos podría haber cortado el rollo.

—Querías un beso —dice, acercándose hasta que sus tetas desnudas se rozan contra mi pecho.

Gruño mientras lucho contra las ganas de tocarla. Pero en lugar de ceder, me aferro a las muñecas con más fuerza.

—Sí —suspiro.

Se roza contra mí con esa piel bañada por el sol hasta que me pega contra la jamba de la puerta. Levanta la mano y me recorre el esternón con dos dedos antes de ponerme la palma en la mejilla.

—Un beso —susurra.

—Solo uno —repito mientras me inclino para aspirar su aroma. Huele a protector solar, a sal marina y a una especie de champú de coco.

Nos pegamos contra la boca del otro, con los labios separados. Tiene unos ojos preciosos. Miles de pecas le salpican la cara. Algunas se esconden bajo el color rosa intenso que le ha provocado el sol.

—Un beso, Ryan —murmura—. Para los días de lluvia que están por venir.

—Un beso —repito.

Me toca mover ficha, así que bajo la cara hasta la de ella y mis labios entreabiertos se encuentran con los suyos. Ambos cogemos aire mientras nos besamos.

No es un pico ni un roce casto. No, es abrasador. Una supernova. Abrimos la boca y la oigo gemir contra mí. Es el sonido más dulce, el de la necesidad anhelante. Me desea. Y yo a ella. Darme cuenta de ello casi me hacer romper el acuerdo. Quiero apretarla contra mí, subirla a la encimera y enterrarme en su interior. Quiero venerarla, complacerla, hacer que grite mi nombre mientras nos corremos juntos.

Ella se aprieta contra mí, así que yo hago lo mismo. Me agarra de la cara con las dos manos, siento sus pechos desnudos y cálidos contra mí. Mantenemos la boca abierta mientras nos provocamos y nos perseguimos. Me succiona el labio inferior, me lo muerde y yo la provooco con la lengua.

Es suficiente. Tiene que serlo. Porque apenas hemos empezado a besarnos cuando se aparta.

—Mmm...

El sonido que se le escapa es gutural. Tiene los ojos cerrados y los labios húmedos de mis besos. Es suficiente para que se me haya puesto dura dentro del bañador. Ella misma podría comprobarlo si mirara hacia abajo. Esta prenda no te deja ocultar nada.

Entonces, da un paso atrás, me suelta la cara y se lleva con ella todo mi oxígeno. Me sonríe desde abajo con una mano en la boca, mientras se acaricia los labios con dos dedos.

—Ha sido muy agradable, Ryan. Besas bien.

—Tú también —digo, me sorprende recordar cómo se forman las palabras.

—Tengo que irme —anuncia mientras le lanza una ojeada al reloj que hay encima de los fogones—. Y tú tienes que entregar unas patatuelas. —Señala el estropicio que hay en el suelo entre nosotros.

Yo asiento con la cabeza, todavía estoy un tanto estupefacto.

—Ah, y... por favor, esto no se lo cuentes a Rachel —me pide—. No es que me avergüence de nada —añade enseguida—. Es que eres su amigo, su paciente. Y eso quiero respetarlo.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Sí, sin problema. Como quieras.

—Bueno, encantada de conocerte, Ryan. —Lo dice de una forma casual, como si no acabara de darme un beso que me ha sacudido hasta los cimientos.

—Sí... igualmente.

—Pues... adiós, Ryan —se despide, alejándose otro paso.

—Adiós, Tess.

Se da la vuelta y coge su teléfono, que estaba encima de la isla. Luego se marcha, no le da ninguna vergüenza no llevar nada de ropa. Veo cómo se le contonean esas dulces curvas..., las caderas, los muslos. La observo con el corazón acelerado, hasta que gira la esquina y desaparece.

Ahora estoy aquí plantado, solo en la cocina de Jake Compton, con una idea dándome vueltas en la cabeza: esto es solo el principio. Porque no voy a dejar que se marche sin más, ni hablar.

Tess Owens es la chica de mis sueños..., solo que ella todavía no es consciente de ello.